



**EL MONSTRUO
MODERNO
ANTOLOGÍA
DEL TALLER
DE NARRATIVA
DE GRAFÓGRAFXS**



**EL MONSTRUO MODERNO.
ANTOLOGÍA DEL TALLER
DE NARRATIVA DE *GRAFÓGRAFXS***

**SELECCIÓN Y PRÓLOGO
ALONSO GUZMÁN**

*El espacio para imaginarnos, leernos, nombrarnos,
reconocernos y escribirnos*

**EL MONSTRUO MODERNO.
ANTOLOGÍA DEL TALLER
DE NARRATIVA DE *GRAFÓGRAFXS***

**SELECCIÓN Y PRÓLOGO
ALONSO GUZMÁN**

Aldo Rosales Velázquez
Denise Ocaranza
Mauricio Pérez Sánchez
Vanessa Balderas Guadarrama
Goyo Rotten
Alejandra Gotóo
Andrea Villarreal
Salma Caristo
Daniela Albarrán
José Edmundo Hernandez
Silvia Yulmaneli Moreno León



EQUIPO EDITORIAL

DIRECTOR

Sergio Ernesto Ríos

EDITOR

Mauricio Pérez Sánchez

DISEÑADOR

Javier Gonzalo Paredes Mendoza

PORTADA

Sergio Ernesto Ríos

Prólogo

Exordio del cataclismo

*... la plácida existencia
de los monstruos no soñados...*

AMADO NERVO

El monstruo llega y los huesos de todo alrededor crujen, se quiebran o desaparecen. Es el cartílago del gran corpus de lo real lo que se trastoca. No hay revelación ni dicha, iluminación o consagración sin lo monstruoso: he ahí el santo en el éxtasis del martirio con los ojos en blanco y la boca colgante mientras ocurre la sangre, y el homicida con los ojos en blanco mientras la sangre... apenas hay una delicada y transparente diferencia.

No podemos hablar de un monstruo único, pues son múltiples y, en muchos casos, específicos, pero sí de su efecto: son el preámbulo del caos. Sus formas son infinitas y su tiempo no existe. Están desde el desgarrador grito de la noche en el pleistoceno: aterradas deformidades animales y vegetales, dioses del rayo, bocanadas ardientes de fuego o hielo, y están ahora detrás de un escritorio, invisibles en el carcoma del aire, encerrados en la habitación de los padres, sembrando cuerpos en la fértil tierra del mundo.

Desde el grito a la poesía, desde el dedo crispado señalando al cursor parpadeante en la internet profunda, desde la invisibilidad de un sistema económico hasta su microscópica

estancia en algún cuerpo viviente, desde la fama de la red hasta la habitación de la última casa del mundo, el monstruo está al acecho, dispuesto a trastocar todo, a tronchar las creencias: voltear la cruz y corromper la geometría.

Así como habita en las cavernas de la mente humana, el monstruo mora en el lenguaje. Siempre habrá un intento por nombrarlo, predecirlo y también predestinarlo. Si cada época de la existencia del hombre tiene bien arraigados a sus monstruos, ¿cuáles serían los nuestros?, ¿qué clase de monstruos hemos engendrado y nos han engendrado en este país, en esta ciudad, en esta época? En todo caso: ¿cómo los representamos?, ¿qué nos dicen? y, sobre todo, ¿qué caos nos anuncian?

Esta antología es una muestra de los monstruos que nos aquejan, preocupan y seducen (porque el monstruo nos seduce siempre). Los autores que leerán a continuación plasman su relación con lo monstruoso. En algunos de sus escritos apenas se percibe la estela deforme: un misterioso cuadro detona las fauces de la soledad, por ejemplo; en otros, lo humano se transforma en bestia. La huida ante el peligro latente es otro monstruo o el cacique que mata y explota. Así, el *doppelgänger* aparece para perturbarlo todo y la noche y el sueño juegan su partida macabra. Muchos matices, fobias y reconocimientos habitan estas páginas.

Si bien el monstruo es una construcción colectiva, su impacto es íntimo y es en ese juego en donde el lenguaje y las historias fluyen para explicarlo. Los invito a conocer estos relatos que fueron leídos, comentados y corregidos en el taller de

narrativa de *Grafógrafxs* (un monstruo con muchísimos pares de ojos). Sean testigos pues de este proceso y convézanse de que el monstruo siempre está demasiado cerca.

ALONSO GUZMÁN

ALDO ROSALES VELÁZQUEZ

(Ciudad de México, 1986). Es autor de *Linde faz* (FETA, Premio Nacional de Crónica Ricardo Garibay 2018), *Foley* (FOEM, mención honorífica en el Certamen “Laura Méndez de Cuenca” 2018, cuento) y *Tiempo arrasado* (Revarena, 2019), entre otros títulos. Es coordinador del taller de creación literaria del FARO Indios Verdes. Ha publicado cuento, poesía, crónica, ensayo y dramaturgia en medios como *La Jornada*, *El Universal*, *Tierra Adentro*, *Punto de Partida* y *El Universal*. Es integrante del taller de narrativa de *Grafógrafxs*.

Infierno número dos

Nájera mira el cuadro una vez más; no lo entiende y tampoco se esfuerza en hacerlo. Deja resbalar la vista por el fondo gris plomizo y las figuras a ambos lados, mujeres con los ojos cerrados, desnudas, con una mano sobre el sexo y la otra sobre los senos. El fondo, pintado de gris, es la única parte de la obra que parece no haber sido recortada de una revista.

—Es bella, ¿no es cierto? —pregunta un hombre a sus espaldas.

Nájera mueve la cabeza en gesto ambiguo.

—¿Le interesa? —continúa el hombre, y esta vez Nájera dice que sí.

Están en una pequeña galería dentro de una plaza comercial que se inauguró apenas un par de meses atrás. El letrero en la entrada recalca que las obras expuestas fueron hechas por las internas de una penitenciaría femenil. Nájera entró para hacer tiempo antes de su siguiente cita, y ahora se pregunta por qué no escogió otro sitio.

—Infierno número dos —murmura Nájera con la vista en la pequeña placa de metal donde se anuncia el título de la obra, la autora y la técnica.

El hombre detrás de él, quien se ha presentado como el maestro de las internas, repite el título de la obra dos veces, la segunda como si explicara algo que la primera no alcanzó a decir. Nájera pregunta el precio, piensa en regatear cuando lo escucha, pero no lo hace. Después se dirige a la entrada a

realizar el pago. Le entregan la obra envuelta en papel amarillo y sale rumbo al restaurante de cortes argentinos donde se encontrará con un cliente al que, en alguna fiesta que ya no recuerda bien (a pesar de jactarse de tener una memoria prodigiosa), entregó una de las mil tarjetas que imprime cada bimestre y cuyo diseño nunca ha cambiado: “Eleazar Nájera Cabrera, vendedor de seguros”, en letras marrones sobre un fondo hueso.

Al llegar a casa, Nájera coloca el cuadro en la mesa al lado de la puerta, se dirige a la habitación y desmonta el marco donde alguna vez estuvo la foto de su boda. Limpia el área con una franela seca y regresa por el cuadro. Lo coloca cautelosamente. Retrocede un par de pasos y mira el *collage* una vez más. Sigue sin entenderlo, pero le gusta más que la primera vez. Recuerda el precio y lo dice en voz alta, saboreando las sílabas, luego lo mismo con el título de la obra. Trata de imaginar a la mujer que lo elaboró; trata de imaginar las revistas de donde las imágenes han salido; no logra ni lo uno ni lo otro y abandona la tarea cuando se da cuenta de que es a su mujer y a las revistas que ella leía lo que está imaginando. Nájera duerme profundamente por primera vez en más de tres meses. Al despertar de un sueño abigarrado, lleno de imágenes que no acababan ni empezaban del todo, sabe que eran ellas quienes, de pie, estaban en medio de una luz grisácea que no tenía principio ni fin.

Nájera vuelve a la galería al día siguiente. Tarda un par de minutos en identificar al hombre con el que habló la tarde

anterior, el maestro de las internas. Al localizarlo, le pregunta si tiene alguna otra obra de la autora. El hombre lo mira intrigado, parece no entender de lo que habla, luego lo reconoce y sonrío.

—Sí, ya sé de quién habla —contesta.

Después de agregar que era la única pieza de la mujer en cuestión, lo invita a revisar la obra de las demás. Nájera accede y caminan por la galería, que, a diferencia del día anterior, luce despoblada y un poco triste. Ninguna obra le convence, sólo ve en ellas una especie de hacinamiento, como si dentro de cada marco se hubiera derrumbado una ciudad. El hombre le comenta que, si así lo desea, puede conseguirle otra obra de la mujer, pero que tendrá que esperar un par de días más. Nájera asiente, luego recula y pide, en lugar de ello, que le haga llegar un mensaje a la autora. El maestro, quien ahora insiste en ser llamado Emmanuel Benítez, saca de su bolsillo un pequeño cuaderno y lápiz, luego se coloca en actitud de escribano, atento. Nájera piensa qué decir y no atina a pronunciar palabra, aunque en su cabeza, como en la obra colgada en su habitación, las cosas se superponen en un orden no del todo comprensible.

—Hagamos esto —propone Emmanuel mientras anota algo en el papel—, dígaselo usted mismo. Ella ya salió, ayer estuvo aquí.

Arranca la hoja del cuadernillo, la extiende y por un segundo parece arrepentirse. Nájera toma el papel y sale de la galería.

Después de llegar a casa, y subir a su recámara a descansar, Nájera tarda más de cinco minutos en enviar el primer mensaje, que ha borrado y redactado más de diez veces. Al final, se limita a un simple “Hola, buenas noches”, que es contestado casi al instante. La mujer, después de un par de mensajes, asegura no llamarse Olivia (nombre con el que firma sus obras y que tomó de su hermana) y acepta la propuesta de comer al día siguiente. Nájera se asegura de usar la palabra comer, la cual, piensa, no lleva ninguna carga emocional, a diferencia de cenar. Conciertan la cita en una plaza comercial antes de despedirse.

Al día siguiente, justo a la hora acordada, Nájera está sentado en una de las mesas que rodean el kiosco de helados en la plaza, con un refresco de lata frente a sí. Han pasado veinte minutos y comienza a sentir desesperación de no ver llegar a la autora del *collage*. Mientras espera, revisa la conversación de la noche anterior, luego busca en internet algo relacionado a la técnica de *collage*, mas nada de lo que encuentra le parece interesante. Al verla llegar, intenta ponerse de pie, pero ella le dice que no es necesario.

—Me llamo Eleazar, pero en realidad no me gusta tanto el nombre. Prefiero que me llamen sólo por mi apellido.

La mujer asiente y se reacomoda el cabello detrás de la oreja izquierda. Han hablado por más de media hora y ninguno de los dos sabe bien a bien qué hace ahí, aunque no sienten deseos de irse. Ambos intentan abrir nuevas conversaciones que luego de un par de frases desechan: clima, política, comida. Después de unos

momentos, la plática recae sobre el *collage*. La mujer asegura que aún no entiende del todo el proceso, pero que disfruta inmensamente recortar y pegar. Nájera pregunta de dónde salieron los recortes con los que fue elaborado *Infierno número dos*. La mujer confiesa no recordarlo. Hablan, o mejor dicho, ella habla sobre Emmanuel y el rol que desempeña en la vida de las internas. Flora (su nombre real) dice que si hay un amor que se sitúe entre el amor a un padre y el amor a un amigo, ese sería el que siente por Emmanuel. Nájera no logra entender del todo, pero asiente.

Se levantan luego de terminar el último refresco. Bebieron dos cada uno, donde ahogaron más conversaciones tontas antes de que nacieran. Caminan por la plaza y sin darse cuenta lo hacen en círculos, siempre descendiendo, desde el séptimo nivel, donde se concertó la cita, hasta el basamento, donde Nájera estacionó. Durante el camino hablaron de la hija de Nájera y de la hija de Flora, a la que ella lleva tres años sin ver y él sólo dos semanas, que ha sentido como tres años. Estuvo tentado a decir algo sobre su exesposa, pero no le pareció conveniente: hablar de una sola de las mujeres de su vida, en lugar de ambas, se le hizo sumamente necesario.

—Dejaron de visitarme a los pocos meses y mi marido volvió a su país. Claro, se llevó a la niña. —En sus palabras había nostalgia, duda, coraje, todo ello superpuesto.

Nájera se sintió tentado a preguntar más detalles sobre su matrimonio, pero se detuvo a tiempo. Luego, a su vez, él habló sobre el divorcio en un par de frases, después guardó silencio: las palabras parecieron extinguirse de pronto en su pecho; se

confundieron con algo más que no cabía en ningún idioma. Suben al auto y Nájera arranca.

Permanecen en silencio mientras las calles se alejan siempre un paso más en los espejos retrovisores. Nájera piensa que Flora le pedirá descender cerca de alguna estación del metro, pero pasan veinte minutos y ninguno de los dos dice cosa alguna.

—Me hizo falta la ciudad mientras estuve allá adentro —dice de pronto Flora, luego se acomoda el cabello detrás de la oreja izquierda—. Mucho.

Nájera entiende, o cree entender, lo que eso quiere decir. Se detiene en una gasolinera a llenar el tanque.

Ha pasado una hora desde que salieron de la gasolinera. Nájera y Flora hablan esporádicamente, se limitan a mirar la ciudad o, mejor dicho, Nájera se limita a conducir y ocasionalmente observa a Flora mirar la ciudad.

—¿Tienes hambre? —pregunta después de unos minutos. Flora asiente.

Se detienen en un restaurante de comida china. Ella llena su plato hasta los bordes. Nájera mira que hay un orden en el acomodo de los guisos, a diferencia del suyo, donde todo es una masa informe. Se sientan a comer y conversan sobre los platillos. Flora usa constantemente los términos “adentro” y “afuera”; las palabras que emplea sobre uno y otro son opuestas. Al terminar la comida, Flora insiste en pagar. Él la detiene y dice que ya después le tocará a ella. Se miran, parece que la palabra “después” marca también un adentro y un afuera: no les importa. Salen y vuelven al auto.

Está a punto de anochecer cuando Flora le pide a Nájera detenerse. Chispas de electricidad salpican los cerros cubiertos de casas, allá a lo lejos, pasando los últimos edificios de la ciudad. Bajan del auto. Caminan hasta una banca en el camellón de la avenida sobre la que estacionaron. Flora le pregunta a Nájera por qué la invitó a comer —se recarga en la palabra comer— y él responde, con sinceridad, que no sabe. Vuelven al silencio, sobre el que a veces colocan, una encima de otra, frases inconexas. Nájera le pregunta, de repente, si aún no ha vendido *Infierno número uno*, porque desea adquirirlo. Flora parece no entender la pregunta. Momentos después respinga, como si la verdad fuera un hielo en la nuca.

—Sólo hice *Infierno número dos* —responde de forma tímida. Parece temer que Nájera, al enterarse de que no existe la pieza, se aleje de repente. Él está a punto de preguntar algo más, pero vuelve a guardar el aire.

Flora comienza a arrancar pedacitos de una servilleta que guardó del restaurante chino.

—¿Y por qué *Infierno número dos*? —pregunta Nájera—. ¿Por qué no *Infierno número uno* desde el principio?

Flora suelta los trocitos de la servilleta, que caen con suavidad. La ciudad se incendia. A lo lejos, tras la oscuridad que tiende su telaraña entre los edificios, sopla el aire. Las miradas de Flora y Nájera caen, ruedan por el aglomerado gris frente a ellos mientras los trozos de papel se arrastran por el suelo en todas direcciones. Desde donde se encuentran, cada cosa en la ciudad, los edificios, los árboles, la noche, parece superpuesta;

nada en realidad tiene un fin o un inicio definido. Aunque no lo dicen, saben que observan lo mismo, el mismo trozo de vida. Nada de esto va a repetirse y nunca van a olvidarlo, y lo que es peor, un día comenzarán a recordarlo de otra forma, a añadir o quitar cosas, trozos de otros recuerdos se encimarán a este, sin orden ni sentido. Nájera parece entender algo y no repite la pregunta.

Después de unos minutos en silencio, Nájera se ofrece a llevar a Flora hasta su casa. Ella acepta y durante el trayecto guardan silencio, como si allá atrás se hubieran dicho algo vergonzoso o importante. Flora lleva su bolso de mano sobre el regazo, apretado con firmeza contra el cuerpo. El cuello se le tensa visiblemente al tragar saliva. Si Nájera fuera observador, notaría que llora; se daría cuenta, además, de que las mujeres, cuando están presas, aprenden a llorar hacia adentro. Flora descende en un semáforo donde una avenida con nombre de platillo y otra con nombre de prócer se juntan.

Al llegar a casa, Nájera bebe un vaso de agua y sube a su recámara. Se lava los dientes y luego de ponerse el pijama sale al balcón (siente que el balcón es la única parte de la casa donde está a salvo. ¿A salvo de qué?). Mira la ciudad, sobre la que una capa de contaminación es visible aun a través de la noche. Le recuerda *Infierno número dos* y sabe que no es casualidad: ese cielo es el mismo que hay en el fondo del *collage*, como si Flora hubiera amontonado, uno sobre otro, los días que estuvo encerrada, para subirse y mojar su brocha en el cielo de la noche, como en un gran charco de agua sucia flotando sobre la ciudad.

Nájera toma el teléfono y marca el número de Olivia, no de Flora, quien contesta casi al instante. Antes de decir alguna palabra, mira el cuadro colgado sobre su cama. Siente que ahora entiende algo que la primera vez no, pero no puede estar seguro.

—¿Recuerdas de dónde sacaste esas imágenes? —Ella se toma un momento para pensar, pero al final no dice nada—. Por un instante creí que ya las había visto.

—Tal vez así fue.

Vuelven a guardar silencio, pero ninguno de los dos corta la llamada.

—¿Estás viendo el cielo? —pregunta, y de no ser suya, la frase le parecería estúpida.

—Sí —responde, aunque Nájera la escucha abrir una puerta y salir a la lluvia de sonidos ciudadanos.

—No vayas a colgar —suplica, como si los ojos de ella, sobre la oscuridad, fueran la columna que sostuviera las cosas—. No vayas a colgar —repite.

Le cuesta trabajo reconocer su propia voz, que se quiebra en imágenes absurdas, pedazos de tiempo deslavado que se superponen.

DENISE OCARANZA

(Toluca, México, 1986). Es licenciada en Letras Latinoamericanas por la UAEM y trabaja como correctora de estilo. Es autora de *El ladrido secreto* (UAEM, 2017). Ha colaborado en *Sinfín, Universitaria y Plástico. Revista Literaria*. Es integrante del taller de narrativa de *Grafógrafxs*.

El visitante

Habría sido más difícil
—¡Oh, sí, mucho más difícil!
seguir siendo niña.
BEATRIZ MENDOZA SAGARZAZU

I

Hace días que llueve sin parar, ya ni me acuerdo cómo era la vida antes de los charcos, el frío, los impermeables y los paraguas. Tampoco es como si hubiera vivido tanto, apenas diez años, pero cuando una es niña casi todos los días se parecen. Digo casi porque hay unos que sí distingo de los demás: esos en los que siento la punzada en el pecho y me dan ganas de vomitar hasta las tripas, pero me aguanto por puro miedo y comienzo a no pensar, a tratar de separar la mente de mi cuerpo hasta que él se va.

¿Él? Sí, el hombre que irrumpe en casa cada fin de semana. Él sabe todo sobre cualquier cosa que le pregunten otros adultos y no es pobre como nosotros, usa suéteres calentitos, camisas vistosas, pantalones planchados y nunca repite zapatos. He espiado algunas veces dentro de esa maleta que nunca termina de desempacar: dobla su ropa mejor de lo que mi mamá dobla la nuestra, trae más mudas de las que se pone en casa (tal vez es un elegante vagabundo que de aquí se va a fastidiar a otras familias); también guarda un cepillo, gel, rasuradora, espejo, desodorante y loción. Una vez, aunque me

temblaron las manos y sentí que el corazón me palpitaba en la sien, robé de su maleta unos calcetines, eran tan suaves y esponjosos que parecían gatitos con rombos bordados. Esos gatitos para pies son mi tesoro.

Cuando hay vacaciones pasa más tiempo, pero es evidente que después de dos días con nosotros su malhumor empeora y le parecemos más y más insoportables, a pesar de que hacemos como que no existimos. Este hombre con manos grandísimas y peludas, pero uñas bien cortadas, al cuarto día lluvioso encerrado con nosotros golpeó a mi mamá. Yo acostumbro mirar inmóvil esas escenas como si se estuvieran proyectando en otra familia y no en la mía, mientras Joelito llora o se esconde y mi madre se queda callada.

Luego de pegarle, guardó sus cosas cuidadosamente, bajó las escaleras corriendo, manoteó la manija, azotó la puerta, se subió a su coche, nos miró con desprecio, y se fue. Pensé que esta vez se iba para siempre, recé para que así fuera, porque presentía que si regresaba habría cambios en mí que no podría detener.

En cuanto se alejó, Joelito se puso a arrancar hojas de un cuaderno para hacer barquitos. Me senté a su lado y le ayudé a decorarlos con rombos de colores, mientras mi mamá doblaba ropa que olía a humedad. Después salimos a la banqueta y colocamos los barquitos en el agua turbia que bajaba por la calle. Hicimos la apuesta de hasta dónde llegarían flotando y los dos perdimos porque no llegaron ni a la esquina, las coladeras estaban tapadas y nuestros barcos —en los que hubiéramos

querido huir antes de que él regresara— se estancaron con la basura.

Seguía lloviendo y pensé que nuestra casa era como un barco viejo que cualquier día se hundiría. Y no me dio miedo. Estaría aterrorizada si en este barco siguiera aquel hombre y tuviera que pasar mis últimos momentos con él, tal vez mirando sus ojos, esos ojos que reconozco en el espejo, sobre todo cuando me enojo.

Aquella tarde entramos a la casa y era como si nada hubiera pasado, olía a chocolate caliente y mi mamá planchaba con la televisión prendida. Estoy segura de que ella es la mujer más bonita y bondadosa que conozco; cuando él no está pareciera que nada la perturba, que tiene todo bajo control, por eso creo que él es la manzana podrida de la familia. Me preocupa cuando la gente dice que no me parezco en nada a mi mamá, porque entonces me están diciendo que me parezco a él y eso explicaría por qué a veces me siento como perro con rabia y me da por morder con palabras a los demás.

II

Habían pasado varios fines de semana sin su presencia. Apenas me acordaba del visitante, aunque cada viernes sentía una presión en el pecho que era como una probadita del miedo, un miedo que era capaz de ignorar mientras iba a la escuela, jugaba, hacía tareas y mandados. Joelito también lo siente porque tiene cinco años y sigue mojando la cama. He escuchado

a mis tías decir que mi madre tiene miedo de necesitarlo para criarnos; sé que también teme dejarnos solos cuando sale a trabajar, así que nos encarga con ellas o con los abuelos; teme que salgamos a la calle, que hagamos malas amistades y que aprendamos majaderías, a pesar de que él trae a casa las peores que he escuchado. A mí no me deja salir a jugar con otros niños, menos si son mayores. No me aburro, pero tampoco puedo decir que me divierto. Mi juego preferido es el de observar a los demás hasta incomodarlos.

Estaba en la azotea comiéndome una mandarina y escupiendo las semillas hacia la calle cuando escuché el azote de la puerta, los pasos firmes que sólo podían pertenecer a pies grandes y pesados, y luego una voz rompiendo el silencio de la casa: “¿Qué hay de comer? ¡Cómo que nada para mí! ¡No te hagas pendeja y prepárame algo rápido que tengo hambre!”. Me vino de nuevo la punzada. Salí corriendo de donde me encontraba para esconderme tras mi mamá. “¿Y tú? ¡Ponte a hacer algo, escuincla huevona! ¿Dónde está el control de la tele? Chingada madre, viendo caricaturas, órale, mocosos, salte de aquí”.

¡Cómo pude distraerme y olvidarme! Es viernes y tarde o temprano regresa, así como vuelven nuestros ojos a golpear el piso, los susurros y la rigidez de nuestros cuerpos. Al sentarnos a la mesa nadie habla, se escuchan los cubiertos, los platos y sus gruñidos. Cuando él está, la comida me desagrada, tanto que calculo y cuento las cucharadas que faltan para poder levantarme de la mesa sin que me grite. Una vez Joelito vomitó

a media cena y lo puso a limpiar a punta de zapes. Yo no lo defendí, no supe cómo. Le gritaba que era un inútil, que todo lo hacía mal. Mi mamá intervino, Joel berreaba y se limpiaba los mocos con las manos. A mí me ordenó que terminara de comer de una buena vez y que recogiera los platos; al llevarlos a la cocina temblaba tanto que sentía que se me caían; con su mirada clavada en mi andar, pude dejarlos sobre la tarja sin provocar más problemas. “Torpe”, me dijo, y corrí atrás de mi madre que llevaba de la mano a mi hermanito. En cada comida sucedía algo similar. Como si fuéramos tres saquitos de boxeo a los que tenía que derribar a puro grito, a pura ofensa.

Amaneció. Era sábado y a mi mamá le llamaron para cambiarle el turno, debía ir al trabajo. Le rogué que no fuera, porque no nos queríamos quedar con él. Murmuró que no había de otra, quiso animarnos diciéndonos que lo acompañaríamos a un mandado fuera de la ciudad; nos pidió que nos portáramos bien y nos persignó como si la señal de la cruz pudiera protegernos. Cuando él está no nos protegen ni las estampitas de la virgen, ni el cristo de madera, ni el cuadro del ángel de la guarda. Al menos hoy no suena tan enojado, lo escucho chiflar y cantar mientras se viste. Nos avisa que ya casi nos vamos.

III

Subimos al coche —no sin antes azotar los pies en el asfalto para asegurarnos de eliminar la tierra o lodo en los zapatos—, el olor de su loción nos recibe de golpe y se me revuelve el estómago.

Ruego al cielo que sobrevivamos a este día. El hombre ya está al volante y pone música que cree que nos gusta. Está lejos a donde vamos porque las canciones se empiezan a repetir: Cepillín, Cepillín en la feria de Cepillín. Cepillín, Cepillín en la feria de Cepillín... Él golpea el volante como si fuera una batería y hace como que baila.

Voy adelante, con el cuello tenso, evitando voltear hacia cualquier lado. No quiero regaños por no poner atención al camino. Estoy atenta, señor. Atenta. Joelito se quedó dormido; bendito, siempre acogido por algún santo. Pienso que ya no estoy tan pequeña, que si cierro fuerte los ojos (cuando él no me vea) y luego los abro, habré crecido un poco más y podré defender a mi hermanito y a mi mamá, aunque muera en la lucha.

Él disminuye la velocidad y se detiene frente a un edificio viejo y descuidado. Se baja con una caja en las manos. Con un dedo amenazador nos advierte que nos comportemos, que no tarda. Pero tarda. Al menos apagó la música y podemos bajar un poco las ventanillas. Joelito me pide que abra la puerta, está pálido y no alcanza a decir nada más: de la boca, en vez de palabras, le sale lo que en la mañana eran huevos con salchichas. Lo regaño porque tengo miedo, ensució su coche y no nos lo va a perdonar. Quiero correr, desaparecer, pero en vez de eso bajo a Joel y lo siento en una piedra grande, se queda ahí mirándome y gimiendo; me quito la sudadera y limpio con ella.

Me acuerdo del cuadro del Ángel de la Guarda que está en nuestra habitación: en él hay una niña y un niño descalzos cruzando un puente. La niña, más grande que el niño, lo va

abrazando como diciéndole que no se preocupe porque detrás traen un ángel enorme, con rubia cabellera y preciosas alas, protegiéndolos de las tablas del puente dañadas, de las aguas arremolinadas que hay debajo de este, de la tormenta que está por caer y de la serpiente que avanza hacia ellos. Además, los niños del cuadro son güeritos. Me pregunto si a nosotros nos habrá tocado un ángel y volteo hacia el cielo. El sol me deslumbra y cuando voy recuperando la claridad veo al hombre con corbata acercándose hacia nosotros; entre más cerca está, más puedo notar su cara paralizada por el enojo. “¡Qué chingados pasó!”. Le explico que ya limpié. Quiero echarme la culpa, pero se me pasa lo valiente y señalo de inmediato a Joel. “Son un pinche estorbo, ya súbanse, tira esa sudadera apestosa, no la quiero aquí”. Es parte del uniforme de la escuela, a mi mamá le va costar reponerla y me da remordimiento.

Él empieza a hablar con desprecio de las personas a las que les entregó la caja, saca unos billetes de su cartera y nos los enseña con lo que parece una sonrisa ganadora, la sonrisa de cuando alguien gana algo a la mala. Pone de nuevo a Cepillín. Me cuesta descifrar su grado de enojo. Miro hacia el frente, seria. Me digo, vamos, Zaida, no parpadees. Tiemblo y trato de que no lo note.

La carretera se ve diferente, no es por la que llegamos, sino pura terracería. El coche se mueve de un lado a otro como si se fuera a desarmar. Nadie vive por aquí. Él apaga la música con un manotazo y se seca el sudor con un pañuelo de tela suave y brillante. Mira para todos lados. ¿Será que nos va a

tirar por acá como cuando abandonó a nuestro perro? ¿Y si en realidad lo mató? ¿Y si nos va a matar? Seguro se quiere deshacer de nosotros para herir a mamá.

Pasa el tiempo y descarto que nos quiera aventar por aquí, creo que estamos perdidos. No dice nada, pero lo escucho bufar, oigo también mis latidos y los mocos de Joelito, porque, claro, viene llorando. Detiene el auto, se baja y se aleja caminando. Me parece que tarda muchísimo, pero quizá no fue tanto. Regresa, pateo una llanta del coche, maldice y enciende un cigarro; al terminarlo, escupe y sus ojos ya no están tan furiosos. Nos pregunta si queremos hacer del baño. Negamos con la cabeza, aunque me estoy aguantando desde hace un rato.

Sube al coche y continúa manejando. ¿Sería mala idea decir que sí quiero bajar? Buscaría una montañita, me ocultaría un momento tras ella y luego correría, dejando atrás todo, a mi mamá y a Joelito, con quien se desquitaría si me pierdo. ¿Sería muy terrible matar a un hombre?

Un ruido me sobresalta; es su risa: por fin ha encontrado la carretera. No sé muy bien por qué, pero quiero pedir ayuda, aunque en este momento se vea calmado, incluso contento, y haya retomado la música. Después de cuatro canciones reconozco algunas calles y veo semáforos. En un alto nos voltea a ver y pregunta: “¿Quieren hamburguesas, niños?”. No sabemos ni cómo contestar. Tal vez es una broma, nunca hemos comido con él fuera de casa. Ojalá sea una broma. Luego de unos minutos se estaciona frente a un local. Nos bajamos. Pide tres hamburguesas, una cerveza y dos jugos.

Voy al baño y cuando vuelvo está discutiendo con el mesero. Me da tanta pena que evito mirar al joven que se retira con la cerveza equivocada.

Mientras comemos considero que tal vez él no es tan malo: me recogió el cabello para no meterlo al plato, limpió las boquillas de los jugos, a Joel le ayudó a partir su hamburguesa y, de vez en vez, aunque un poco brusco, le pasaba la servilleta por la cara; pero la calma duró poco, se tomó varias cervezas, algunas en compañía de personas que entraban, lo reconocían y lo saludaban. Joel se quedó dormido con los bracitos sobre la mesa. Yo miraba comerciales en la televisión. En uno de ellos un excusado estaba muy tapado y le vaciaban Drano; mágicamente volvía a funcionar, la familia del comercial celebraba. Ese recipiente rojo con una calaverita negra se me hacía conocido. En eso estaba pensando cuando el mesero se acercó para avisar que ya iban a cerrar. Él aventó la silla hacia atrás, abrió su cartera y arrojó el dinero de la cuenta a la mesa; algunas monedas rodaron por el piso.

En casa siguió bebiendo y se puso más odioso. Había mucho ruido en mi cabeza. Una frase que escuché en las noticias revoloteaba en mi mente como un zopilote: “Dentro de tu propia casa te pueden matar”. Tenía mucho miedo por nosotros y, aunque me pesaban los ojos de sueño, me puse a vigilar sentada en la cama, con mi pijama de sirenas y el cabello trenzado, mirando desde ahí a Joelito durmiendo, a mi mamá lavando trastes, a él viendo un partido de fútbol y arrojando objetos contra la pared. Contaba las horas para que amaneciera, pero

los minutos parecían borreguitos cruzando la cerca lentamente. Callada, tiesa y acalorada, le daba vueltas y vueltas a la idea de que no todos los hijos se tienen que parecer a sus padres. La punzada en el pecho se fue al estómago; necesitaba dejar mi puesto de vigilante.

—¿A dónde vas?

—Al baño.

—Tráeme la coca del refri —me ordenó arrastrando las palabras, sirviéndose otra.

Estaba lento y zonzo. Ahora llovía fuerte y mi mamá se-
caba el agua que se había metido a la casa. Al terminar de vaciar las tripas junté todo el valor que me quedaba ese día y vi la oportunidad que no sabía que esperaba. Todo estaba tan claro. Me estiré para alcanzar el Drano, vacié un poco en el refresco, pero no lo suficiente porque no se murió, sólo expulsó de su boca toda clase de porquería maloliente y verdosa sobre el piso; se quedó hecho bola, temblando, sudando, tocándose el estómago; entre lágrimas, se veía pequeño e indefenso. Llegó la ambulancia que mi madre había estado pidiendo a gritos por teléfono con el envase rojo en la mano, mientras yo observaba desde una esquina lo que sucedía, como si le pasara a otra familia y no a la mía.

MAURICIO PÉREZ SÁNCHEZ

(México, Distrito Federal, 1962). Estudió Ciencias de la Comunicación en la UNAM. Fue subdirector de la revista *La Colmena*. Publicó *El ciempiés* (Grafógrafxs, 2020). Es integrante del taller de narrativa de *Grafógrafxs*.

El banquete de los platos fríos

*Qué mejor venganza que convertirte en el monstruo
que ellos aseguraban que eras.*

Como mucha gente, tengo un doble oculto en el fondo de mi ser. La mayor parte del tiempo permanece callado, pero, ante eventos funestos, me dicta lo que debo hacer y termino por confundir quién habla por mí. Cuando logra salir y hombro con hombro nos reflejamos en un espejo, alguien muy perspicaz podría notar algunas diferencias. Él luce más demacrado que yo, tiene más canas que yo, incluso parece mayor. En ocasiones me empuja a hacer cosas que los mojjigatos consideran “indebidas”. Por obedecerlo permanecí encerrado por un tiempo en una singular prisión, pues quienes la dirigían se empeñaban en hacerme creer que era un sanatorio.

* * *

El custodio tocó la puerta del consultorio y, cuando la doctora dijo “entrá”, pasé. Por un par de minutos ella me ignoró y se dedicó a revisar sus apuntes. Después, con su acento pampeano, me hizo las preguntas de rigor sobre los efectos del “tratamiento”. También inquirió si estaba comiendo bien; si seguía hablando solo (no sé si Carlos o un custodio se fue de la lengua respecto a ello); y si había recordado qué había pasado en esa

casona de Coyoacán, donde me encontraron junto a dos cadáveres bañados en sangre, recargado en la pared, sin poder mover un dedo. Como siempre, la doctora se esforzaba por evitar las palabras que revelaban su origen, se esforzaba tanto que en ocasiones terminaba por mezclar algunos giros. Eso me hacía recordar mi niñez, cuando eludía las palabras con erres, buscando a vuelo de pájaro un sinónimo sin esa consonante para que los idiotas no hicieran escarnio de mi forma de hablar, pues si lo hacían, tarde o temprano, como los gatos, tenía que vengarme y luego pagar las consecuencias de mis actos. Después de responder a sus preguntas, la doctora abordó el tema que me interesaba.

—Quedamos, Virgilio, en que hoy me ibas a contar esa pesadilla recurrente. ¿Cierto?

—Sí, doctora, eso acordamos la última vez.

—Veamos —dijo después de releer sus notas—. Según los custodios y la enfermera, en el último mes al menos tres veces tuvieron que ir por las noches a tu cuarto a calmarte. Supongo que los gritos se deben a ese sueño. Pues cuéntamelo, Virgilio... contalo a tus anchas.

Mientras la doctora se levantaba para tomar sus lentes, yo pensaba en lo ridículos que sonaban todos desde que se instauró la dictadura; la afectación impregnó su lenguaje: mi celda (con barrotes metálicos en las ventanas) era mi cuarto; mi encierro, mi tratamiento; la mierda, el régimen. Sólo los custodios conservaban su denominación y entre internos todos nos llamábamos “padrino”.

—La pesadilla es la misma siempre, doctora. Ningún detalle cambia. Me veo subiendo las escaleras del edificio donde vivía. Es de noche y las luces no funcionan; apenas percibo los escalones. Cuando estoy por llegar a mi departamento me doy cuenta de que un hombre baja corriendo; lleva una piedra en la mano. En el momento en que nos cruzamos me golpea en la cabeza. Me desmayo. Al reaccionar estoy angustiado porque tengo la certeza de que ese tipo era un ratero, un ratero que había entrado a mi casa. Después subo los últimos escalones, y al llegar a mi piso noto que la puerta está entreabierta. Esa imagen es muy angustiante. Entro al departamento y percibo algo raro: faltan algunos objetos y en su lugar está un paño blanco. El tamaño de los paños se corresponde con el de los objetos faltantes: donde estaba la televisión hay una sábana; en lugar del teléfono, un pañuelo... Al final siempre escucho un grito y despierto empapado en sudor.

Tras un largo silencio, roto por un relámpago que anunciaba tormenta y que sacudió las ventanas con la misma fuerza que nuestro ánimo, la doctora preguntó:

—¿Además de la televisión y el teléfono, qué objetos son los que faltan, Virgilio?

—Una grabadora... el radio, creo.

—¿Falta alguna cosa que aprecies, un reloj, un libro, por ejemplo?

—No, sólo eso.

—Pues creo que es un sueño muy fácil de interpretar, Virgilio —aseguró la doctora mientras se alisaba la falda y parecía

estar escogiendo una vez más las palabras adecuadas—. Mira, todos los objetos robados son medios de comunicación: la radio, la televisión... La angustia que sientes se debe a que estás seguro de que alguien entró a tu departamento, al lugar en el que tú y tus pertenencias se encuentran a salvo, bajo llave. En este caso, tu departamento representa tu mente, Virgilio. Te angustia mucho saber que una persona está a punto de robarte algo que tú no quieres comunicar, que alguien descubrió o, mejor dicho, que alguien está a punto de descubrir un secreto sucio que, obvio, no quieres que se desvele. ¿Acaso ese secreto tiene que ver con la muerte de Marcela Gómez y su novio? ¿Ese hombre con la piedra soy yo?, ¿estoy cerca de descubrir que vos me has mentado, que me has ocultado cosas a pesar de que te he repetido hasta el cansancio que puedes confiar en mí?, ¿tienes miedo de que se descubra que mataste o ayudaste a matar a esa pareja?

—[...]

—¿Por qué no me contesta, doctor Virgilio? —preguntó ella con un tono desafiante—. Al menos, veme a la cara... Virgilio —pidió con voz temblorosa mientras se ponía de pie—. No me digas que eres un monstruo.

—¿Quién no lo es, doctora?

* * *

Decía el bocazas de Carlos que tuve suerte de que Marcela y su novio eran considerados enemigos de la dictadura.

Decía que de no ser así me encontraría buceando junto a Poseidón en las profundidades del mar, con una roca atada al cuerpo. Decía que por mutilarlos y golpearlos brutalmente con una barra de hierro debieron imponerme una pena ejemplar y, sin embargo, cerraron el caso en forma expedita, otorgándome una especie de absolución. Decía que no me desaparecieron porque tenían dudas, curiosidad, porque no encontraron ninguna huella mía en la barra con la que despacharon a ese par, ni una gota de sangre en mi ropa, pero principalmente porque eliminé a dos de sus enemigos, que por más que buscaban no lograban encontrar, pues se escondían como lo que eran: cucarachas. Decía que yo era el consentido de la doctora. ¡Decía, decía, decía! En aquel momento pensaba que sería una bendición que le arrancaran la lengua al nefasto de Carlos, quien no era otra cosa que un maldito oreja de poca monta, un vil correveidile que fingía tener depresión. Su disfraz de camarada era sólo una sábana con dos hoyos. A mí nunca me engañó. Yo le contestaba que no maté a ese par, que motivos y ganas no me faltaban porque ella era solamente una ramera capaz de hacer cualquier cosa por llamar la atención y él, un pusilánime, dos personas prescindibles, merecedoras de ese castigo. Le expliqué que a esa clase de lacras hay que purgarlas sin más, porque la gente idiota ocupa mucho espacio y genera mucho ruido; que ella se metió conmigo, que me amenazó y mintió para dañarme. Pero al final siempre le aclaraba, para que lo contara, que yo no les había cortado la lengua ni matado a golpes, que a mí

también me habían levantado y que no tenía ni idea de por qué me dejaron vivo.

* * *

La doctora Alejandra le llamaba la sombra porque era junguiana y, por ende, creyente de la psicología profunda. A mí no me gusta referirme a él de esa forma. Es un reflejo y punto. Él me dijo que era necesario deshacernos de la doctora, que teníamos que obtener mi expediente porque ella estaba cerca de delatarnos. Me advirtió que si esa información caía en manos del comandante que estuvo a cargo de la investigación, el tal Murguía, este podría reabrir el caso. El hecho de escuchar ese apellido generaba que me dolieran las costillas, pues el desgraciado me rompió al menos dos con su brutalidad injustificada. Yo apreciaba a la doctora, me gustaba, quería protegerla, decirle a él que quizá sólo se requería desviar su atención o espantarla un poco, hacerla callar y obtener el expediente, pero cuando lo intenté, no dejó que brotaran mis palabras. Las pastillas que me recetaba la neuróloga le impedían llegar a mí, controlarme, pero al recordar los salvajes interrogatorios de los oficiales, sobre todo de ese irónico de Murguía, sentí una mezcla de rabia y miedo y dejé que viniera otra vez, aunque sabía que eso me debilitaría sobremanera. A pesar de que los dolores de cabeza eran insoportables, cuando la neuróloga joven o la doctora Alejandra me hacían preguntas sobre las jaquecas les decía que llevaba días sin ninguna molestia: una mentira

necesaria, pues dejar la medicación era mi forma de invocarlo. Una pequeña punzada en las sienes anuncia que está por manifestarse. Luego aparece ese olor a formol, ese olor que en mi encierro llenaba toda la celda.

* * *

Más de una vez le expliqué a la doctora Alejandra que el reflejo podía salir de mí y cómo lo hacía; pero ella me veía como un esquizofrénico más, como un gato que buscaba detrás del espejo su propia imagen. Ella insistía en que es normal que después de un hecho traumático a la gente se le disturbe la mente. A pesar de sus dichos, sus preguntas dejaban entrever cierta duda, curiosidad. Yo le insistía en el poder de los espejos, le recordaba que todas las sociedades han encontrado significados mitológicos, religiosos o mágicos respecto a las imágenes reflejadas en ellos; le decía que eso no puede ser casualidad, pues tanta tinta sepia dedicada a esos objetos se debe a su poder no sólo para retener a una imagen, sino, y más importante, para liberarla. Ella repetía que era imposible que él saliera de mí, me aseguraba que la mente nos engaña con facilidad, que, en todo caso, para ella sólo representaba una especie de parásito que me empujaba a hacer lo que deseaba. Nunca me creyó que después de reflejarnos en un espejo, en un charco o en un ventanal, hombro con hombro, como en un rito de comunión, él podía franquear cualquier umbral, y que después de eso nadie era capaz de detenerlo. Muy tarde comprendió que

yo tenía razón, pues antes de que él le clavara un abrecartas en la garganta para después separarle la piel como las hojas que vienen pegadas, ella gritó: “Tú no eres Virgilio”. En ese momento yo estaba en la enfermería, vigilado por dos custodios, apretando los ojos, viéndolo todo. Es una suerte que dentro del consultorio de la doctora no hubiera cámaras. ¿Cómo explicar que al mismo tiempo me encontraba en la enfermería y en el consultorio de ella, ajándola, degollándola? Conforme a lo planeado, y aunque me flaqueaban las fuerzas, aquella tarde fingí un ataque de histeria, por lo que no estuve un minuto solo. Esa es la razón por la que nadie sospechó de mí.

* * *

Durante un buen tiempo tuve que ser sumamente cuidadoso, pues desde el incidente con la doctora se redobló la vigilancia. Las hojas del expediente se fueron por el inodoro poco a poco, en pedacitos, porque si este se tapaba me hubieran descubierto; no podía permitir que eso sucediera. Gracias a la doctora Alejandra nunca volví a tener aquella pesadilla; desde la última sesión duermo tranquilo, como los niños que aún no han deseado la muerte de sus padres. Otra buena noticia fue el “accidente” de Carlos. La última vez que nos cruzamos, un custodio lo llevaba en una silla de ruedas a la enfermería, para revisión. Cuando Carlos notó mi presencia, emitió sonidos incomprensibles y me dirigió una mirada llena de pavor, como si estuviera ante un fantasma. Luego buscó el rostro del custodio,

quizá para comprobar que él también percibía eso que le causaba tanto pánico. Tal vez notó lo mismo que yo aquella mañana, las ojeras oscuras debajo de mis ojos papujados o el mechón de canas, cada vez más evidente.

* * *

Era una tarde nublada. En el parque pululaban niños. Me detuve a la orilla del pequeño lago. Yo miraba mi reflejo, pero también era mirado por él. Poco a poco sentí el frío del agua y el tremor provocado por las lanchas. Luego caminé por el sendero de grava, acompañado de una perrita yorki que obtuve un día antes. Me senté en una banca, cerca de la niña. Esta mordió el anzuelo y su madre permitió que se acercara.

—Está muy linda —comentó la pequeña—. Mi primo tenía una igualita. ¿Cómo se llama?

—Yiya, se llama Yiya... ¿Y tú cómo te llamas?

—Laura Murguía Medina, para servirle —dijo con una formalidad que espantaba.

—¿Murguía? Yo conozco a un policía que se llama Jesús Murguía. Vive por aquí, creo que en aquel edificio blanco. ¿No serás...?.

—Jesús es mi esposo —aclaró, con timidez, la mamá de la niña.

—Qué pequeño es el mundo —dije tratando de sonar natural.

VANESSA BALDERAS GUADARRAMA

(Toluca, 1982). Estudió la licenciatura en Lenguas en la UAEM. Actualmente estudia la licenciatura en Creación y Estudios Literarios en el Centro Morelense de las Artes. En 2017 fue beneficiaria del PECDA en la categoría de literatura. Es integrante del taller de narrativa de *Grafógrafxs*.

Ellos son

Tumbada en el pasto del jardín de su casa, Mía observaba las nubes esponjosas para hallar entre ellas distintas formas de animales y crear historias de cómo estos habían llegado hasta el cielo. De pronto, el llamado de su madre la distrajo.

Sin pensarlo, Mía se levantó de prisa y entró a su casa. Una sensación extraña le recorrió el cuerpo, algo raro estaba pasando. Sentada en el sillón de la sala, se encontraba su mamá. Mía sabía que cuando hacía eso era porque tenía algo importante que explicarle. La miró a los ojos y con voz seria señaló que por unos días no iría a la escuela, debido a que un bicho se había escapado de un laboratorio en un país muy lejano y que este enfermaba a todas las personas.

Mía escuchaba atenta cada una de las palabras que su mamá le decía, pero las únicas que retumbaron en su cabeza fueron “no irás a la escuela”, así que, con una gran sonrisa, respondió: “¡Perfecto!”. Luego se apartó corriendo.

Mientras se alejaba, sólo pensaba en lo afortunada que era y en el tiempo libre que tendría para jugar, ver las nubes e inventar cosas. Mía ignoraba lo que vendría.

Los primeros días en casa fueron increíbles. Hacía mucho tiempo que Mía no estaba con toda su familia reunida, ya que su papá trabajaba muchas horas en la oficina y sólo llegaba por las noches a cenar y a ver televisión. Su mamá pasaba todo el día encerrada en la cocina lavando trastes o viendo su celular, esperando feliz a que llegara su esposo. El hermano mayor de

Mía nunca estaba en casa, pues lo que más le entusiasmaba era andar en la calle con sus amigos. El abuelo casi siempre se encontraba encerrado en su cuarto viendo las noticias o leyendo el diario; salía sólo cuando era hora de comer. Ahora todo eso ya no importaba porque la vida era diferente.

Con la llegada del bicho las cosas habían cambiado: todos comían juntos, contaban historias, reían, veían películas. La situación era perfecta; parecían días de vacaciones. Sólo el papá de Mía salía algunas veces a comprar víveres. No podían salir todos, porque podrían infectarse con aquel bicho.

Así corrieron las semanas en casa entre juegos y risas que poco a poco se fueron apagando con la monotonía. Una mañana un estruendo que se escuchó en la cocina despertó a Mía. Bajó las escaleras sin decir palabra y lentamente se asomó por la puerta: era su mamá que azotaba los trastes y hablaba sola con la respiración entrecortada; decía: “¡ya estoy harta!”. Mía la miraba en silencio. Cuando su mamá se percató de su presencia, con una voz atroz e imponente le gritó que en vez de estar ahí parada mirándola se pusiera a hacer algo, que se apresurara porque la maestra de la escuela le había mandado tarea y no dejaba de fastidiarla con miles de mensajes para que enviara sus evidencias y se pusiera a estudiar. En ese momento la mamá de Mía tomó una sartén y con un grito aterrador, los ojos desorbitados y las piernas amorfas, comenzó a transformarse; su único objetivo era comerse a sus hijos. Lágrimas rodaron por las mejillas de Mía. Mamá ya no era mamá, sus ojos estaban rojos y su piel se cubría de un pelo negro muy áspero, puntiagudo.

Mía comenzó a temblar y salió corriendo de la cocina a buscar consuelo con su padre, quien se encontraba en su oficina. Al verla llorar le dijo que dejara de hacer berrinches, que suficientes problemas tenía ya con su trabajo y con las cuentas de la casa como para atender sus caprichos. Mía, abriendo los ojos muy grandes, no podía creerlo: su papá también se estaba transformando en un horrible monstruo que no dejaba de ver el monitor de su computadora con la boca abierta, mientras una baba viscosa y nauseabunda le escurría sobre el pecho cada vez que tecleaba, con unas grandes garras que salían de sus manos, cada uno de los botones sin poder detenerse. En ese momento su mamá entró a la habitación y comenzaron a discutir. Entonces enormes colmillos sobresalían de sus bocas y gritos ensordecedores de color escarlata retumbaban en la habitación. Ambos repetían frenéticamente la palabra “dinero”.

Mía, sin comprender lo que estaba pasando, fue a buscar a su hermano, quien al verla en la puerta de su cuarto la empujó como un toro con grandes cuernos, tan fuerte que Mía perdió el equilibrio y cayó. Alcanzó a escuchar a lo lejos un “¡lárgate!”, al tiempo que se azotaba la puerta. Ya era demasiado tarde, él tampoco era su hermano.

Desesperada y triste, ya sólo tenía una opción: buscar a su abuelo. Al entrar en su habitación pudo observar que en la cama donde solía dormir había un enorme animal peludo de color gris que no paraba de llorar. Mía ya no hizo el intento de acercarse, fue directo a su cuarto, abrazó con fuerza su osito de peluche e intentó dormir con la esperanza de que todo

hubiese sido una terrible pesadilla y que cuando despertara las cosas estarían bien.

Pero nada fue así, los días continuaban y todo era peor: los monstruos seguían creciendo cada vez más, constantemente se alimentaban de gritos, insultos, golpes, tristezas y reclamos. Mamá y papá no dejaban de gruñir. El eco de platos y vasos estrellándose en el piso retumbaba por la casa todos los días. Los lamentos de su abuelo eran cada vez más fuertes; parecía que nadie lo oía, sólo Mía, quien intentaba con sus manos tapar sus orejas para no escucharlo más. Su hermano, desesperado por estar encerrado, rasguñaba las paredes de su habitación con sus grandes cuernos.

Mía se ocultaba en el ropero de su cuarto y esperaba hasta que llegaba la noche para salir y no escuchar las aterradoras disputas de los monstruos. Mía tenía miedo.

Después de tantas noches sin poder dormir, cansada de llorar y de escuchar regaños violentos todo el tiempo, Mía comenzó a idear un plan, pues aquella casa ya no era su casa. Todas las cosas bellas que la componían habían quedado en un recuerdo que se diluía con cada golpe.

Una noche, después de pensar en un sinfín de opciones para poder salir de aquel lugar, Mía decidió escapar por la ventana. Buscó entre todas sus cosas su tesoro más valioso: su osito de peluche. Miró de reojo por última vez lo que en algún momento llamó “hogar”. Abrió la ventana y observó la calle desierta. Prefería morir a causa de un bicho que vivir con los monstruos que no son otros, sino ellos.

GOYO ROTTEN

Estudió comunicación. Ha hecho radio y televisión, y ha colaborado en diversos diarios de Toluca. Actualmente se dedica a hacer *marketing* digital. Es integrante del taller de narrativa de *Grafógrafxs*.

El sueño de Odilón Castro

Llegó diez años después de lo que le hicieron a mi familia.

Sueño que voy por el campo. Llevo una pistola que queda en mi mano y voy en dirección al mango del que pende un ahorcado; sobresale del maíz al otro lado de la milpa (mi milpa). Atravieso el maizal y descubro, cuando quito el costal de su cabeza, que es Mari, mi esposa, con la piel ceniza y los labios negros. Tiene tres ojos, sólo el de en medio, sin párpado, me mira. Luego llora y ahí despierto.

Tenía más de treinta años cuando aparecieron por el sendero al lado de mi casa, iban acalorados y sedientos. Yo terminaba de enjuagarme el sudor y Mari alimentaba a los pollos. Oímos primero el sonido de sus caballos y los jadeos de unos cristianos, eran dos hombres con pinta de rancheros: sombrero, botas, pistolas y balas; traían amarrados a tres indios que corrían detrás de los caballos, asustados como nadie que recuerde.

Pienso en la cara que puso Mari, en el miedo que sintió al verlos. Apenas se le notaban los tres meses de embarazo. Un día antes pensábamos en si sería niño o niña y cómo lo llamaríamos. Desde que murió mi padre no sentía que la vida me tratara bien; murió casi un año después de que asesinaran a Mario, pero ya no vivió con ganas, lo mató la tristeza; de mi mamá sólo conozco su nombre, nos dejó cuando me dio a luz.

Hincaron a los tres indios al lado de los caballos y llenaron sus bules, apenas si se hablaban. Se sentaron en unas piedras

a la sombra de mi camelina cuando me dijeron que venían de parte de don Toño, un cacique dueño de casi todo el pueblo; siempre creí que su gente mató a Mario. Querían los papeles de mi tierra, la tierra de mi padre, de mi abuelo; me daban una hora para entregarles las escrituras, de no hacerlo me llevarían con don Toño. Esa angustia de no tener nada, de siempre andar perdiéndolo todo, se arremolinó en mis tripas y soltó mi estómago, apenas si lo pude contener, más por Mari que por esos dos. Uno me dio treinta minutos para entrar y sacarlos, pero el otro, más malhumorado, dijo que sólo tenía diez.

Entramos a la casa, alumbrada sólo por los charcos de luz que se colaban por el tejado roto. “Nos van a matar, ¿verdad, Odilón?”, me susurraba Mari mientras hacíamos como que buscábamos algo que no existía. Cómo les iba a decir que no había papeles, que valían lo mismo que mi palabra. Eso que decía Mario de “hay que cargar siempre una pistola” lo relaciono al recuerdo de mi padre llorando a los pies de su cadáver, pero ahora lo consideraba. No, tampoco serviría, siempre le temí a las armas, a los hombres malos, a los golpes.

Los veíamos por una grieta entre los ladrillos de adobe; nos turnábamos para observarlos, parecía que discutían de algo y se desquitaban golpeando con sus pistolas a los indios. El ruido de un caballo los distrajo, era un tercer hombre. “Qué hacen, Odilón, déjame ver”. Cruzó unas palabras con sus compinches y luego con dos indios. Los mató de un balazo y dejó al tercero salpicado de sangre, mudo y meado. Mari se llevó las manos a la boca, apagando un grito de horror. “¿Qué pasa, Odilón?”.

Sonó igual que mi padre cuando le dijeron que habían matado a Mario.

Siempre hui de los pleitos, del alcohol, de lo que pudiera dañarme y, hasta cierto punto, de las mujeres. Toda mi fuerza se iba a la tierra, dependía de ella, de lo que daba; no sabía cómo defender tanto o si podía. Era alguien inseguro, cobarde. Mari me dijo que tenían que saber que no había papeles y yo le creí. “¿Qué pueden hacer, Odilón? La niña o el niño vale más que esta y toda la tierra”. Pensaba que si se las daba nos dejarían ir, que viviríamos un tiempo con sus padres en lo que me hacía de otras tierras. Pobre Mari, ignoraba que los indios de afuera habían muerto por no tener las mentadas escrituras; si no había dueño ni papeles era más fácil quedarse las tierras.

Salí con Mari al lado, me colgué en la espalda dos petates y dos gabanes enrollados; éramos como perros que buscan redimirse con su amo; le temía más a la muerte que a no tener nada. “¿Encontraron los papeles?”, dijo uno. Agaché la mirada y apreté los ojos. “No”. Le estaba explicando que podían quedarse las tierras cuando repitió gritando si tenía los papeles. Al no recibir respuesta, le disparó a Mari de una forma repulsiva, como si le doliera gastar una bala en ella. Le dio en la frente, como si le hubiera sembrado otro ojo. Repetía la historia de mi padre, llorándole a un hijo que ni siquiera conocía, muerto en su madre inmóvil. Todo el temor que padecí en mi vida salió y pegó mis huesos; no sentí ni el balazo que me dieron en las costillas. Tampoco cuando mataron al tercer indio, que no paraba de gritar. No sé por qué se ensañaron conmigo, qué

les provocó tanto odio si de todos modos se iban a quedar con mis tierras.

Me llevaron debajo del mango, lanzaron una cuerda y le hicieron un nudo de ahorcado que dejaron al mismo nivel que mi cuello; la sujetaron con fuerza en mi nuca y me colocaron un costal de arroz en la cabeza. Ahí me dejaron, baleado y con la imagen de Mari muerta al otro lado de la milpa metida en mi cabeza como la bala que la mató. Recuerdo el dolor del balazo agudizarse cuando llovió. Le rogué a Dios que muriera pronto, pero algo, no sé si el propio miedo a la muerte, lo impidió. Pasé dos días parado sin poder moverme ni morir. Cuando dormitaba, mis rodillas vencidas por el cansancio se doblaban y el asfixio me despertaba.

Me encontraron vivo la noche de un martes. Me dijeron que el pueblo se rebeló contra don Toño y sus matones, que los quemaron en su propio rancho, que yo sobreviví de puro milagro.

Estar vivo no es algo que quiera hacer todos los días. No entiendo por qué Dios me quiere vivo si creo que me odia como a ninguno de sus hijos. Atlatenco me parece un lugar donde la muerte vive y come desde entonces.

Después de eso me dio miedo dormir. La oscuridad me llevaba al costal de arroz y al rostro de Mari. Cuando el cansancio me ganaba y caía rendido, tenía sueños cortos que luego se hicieron más largos y, al fin, meses después, dormí con naturalidad. Digo con naturalidad porque dormía como cualquiera, pero dejé de tener sueños. Dormir sin soñar es como

estar muerto unas horas. Un día, como para recordarme que no soy bienvenido en esta tierra, tuve un sueño en el que yo era uno de esos malditos y Mari colgaba del árbol, viéndome con un ojo rojo. No me sorprendió cuando al siguiente día soñé lo mismo, y al otro también, y al otro.

Tengo setenta y tres años y llevo teniendo el mismo horrible sueño desde hace unos treinta.

ALEJANDRA GOTÓO

(Ciudad de México, 1991). Estudió Lengua y Literatura Inglesa en la UNAM. Actualmente cursa la maestría en Antropología Social en la Universidad Iberoamericana. Es integrante del taller de narrativa de *Grafógrafxs*.

Al sur de la frontera

¿Por qué no pude simplemente tirar tu cuerpo? Sabía que estabas muerto. ¿Por qué no te dejé? Estoy cansada de cargar tu cadáver. ¿Por qué no hice algo cuando aún estabas vivo? Tu respiración era débil. Era mucho mejor que lo que ha quedado ahora: el silencio y el viento. No hice nada para salvarte. Extraño tu respiración, las veces que no podía escuchar mis pensamientos porque tú te la pasabas tosiendo. Entonces yo pensaba que no estabas bien. Algo sonaba mal dentro de ti. Otras veces gritabas, debió de doler mucho. ¿Por qué no hice nada? Ahora no tengo quien me escuche. Has muerto y lo que me preocupa no tiene nombre. Quisiera dejarte a un lado y continuar caminando. ¿Hacia dónde? Teníamos un destino, eso lo recuerdo en forma vaga. No puedo saber a dónde íbamos; ahora sólo me queda caminar esperando encontrar el lugar. Quizá me acuerde en algún momento. Quizá me decida a un nuevo lugar. Tu cuerpo pesa mucho y yo no puedo dejarlo. ¿Puedo? ¿Puedo?

No me contestas.

Tu silencio me hiere las venas. Cuando yo estaba enferma, me cargaste. Creo, no estoy segura. Pensé que iba a morir. De alguna forma me puse bien, ahora estoy curada, pero tú... ¿Hubiera sido mejor morir? Me duele la espalda. Me duelen los pies de tanto caminar. Me duelen las manos que temblaron tanto para mantenerte caliente. No debimos hacer este viaje. A ti te ha costado la vida, y a mí ¿qué me ha costado? No, no...

no pudimos no haber hecho este viaje. Era necesario. Donde estábamos no nos quedaba nada. Lo único que podíamos hacer era buscar eso, una mejor vida. Nuestra ambición nos hizo correr. Quizá si hubiésemos ido más lento aún estarías vivo. Quizá debimos aceptar el trato de don José. Dicen que ya ha hecho estos viajes con otras familias, que los deja a salvo del otro lado. Quiero recostarme un rato. Me da miedo. ¿Acostarme junto a un cadáver? No, acostarme junto a mi padre. Es diferente, tu cuerpo sigue siendo tuyo.

Me cuesta trabajo respirar. Antes pensaba que no podría llevarte, que eras muy pesado, por eso me negué cuando estabas enfermo, cuando me lo pediste. Te fuiste quedando atrás. Regresé y apenas me dio tiempo de verte morir. Te dije que iba a adelantarme para ver si encontraba el camino. Habíamos estado días en el desierto, pensé que nos acercábamos cada vez más. Mis dedos duelen. Mis músculos están cansados. A lo lejos veo el sol. Quiero recostarme. Puedo dejarte, pero no quiero. Estoy tan cansada de esta caminata. Quisiera que alguien me escuchase. ¿Quién? No veo a nadie cerca. Sólo veo un paisaje sin personas, desierto hasta donde alcanza la vista. En el sur el sol no nos quemaba así y con La Bestia era más rápido avanzar. Tampoco veo aves. Hay un río y creo que debo mojarme los pies, quizá así dejen de doler un poco. Siento que ya pasé por aquí, los sonidos me parecen familiares. Este es un silencio particular.

Tus zapatos me quedan. Podría quitártelos y ponérmelos. No sé qué le pasaron a los míos. Me cargabas y ahí no ocupaba

zapatos. Nunca me preocupé por ellos. Ahora que tengo que caminar tanto y contigo encima me he puesto a pensar dónde pudieron haber quedado. Me duelen las ideas y nuestros sueños. ¿En qué momento fue en el que yo me puse bien y tú te pusiste mal? ¿Absorbiste mi enfermedad? No logro entender qué fue lo que nos pasó. Íbamos bien. Caminábamos los suficientes kilómetros diarios y me sentía cada vez más cerca de nuestro destino. ¿Cuál era? Sí, creo que ya habíamos pasado este río. ¿Tú lo recuerdas? Quisiera que estuvieses vivo y pudieras cargarme un rato.

Me duele la lengua de no usarla. Estoy sintiéndome cada vez más mareada. Espero no desmayarme. La caída dolería. Y no quiero que le pase nada a tu cuerpo. Quiero tenerlo así, como ahora, como el día en que moriste. Quiero conservarlo para no pensar que ya no te tengo. Puede que no haya sido tu culpa. Teníamos muy poca comida. Ahora yo llevo el despojo que me has dejado y siento tu cabello rozando mi rostro. Te siento liviano. Dejaste de comer hace tanto. Tengo que gritar. Quizá alguien así me escuche. Quizá así despiertes.

Pronto será de noche. No quiero que la luna llegue. Me hará recordar todo. En los días platico contigo y creo que lo hicimos diferente. Si me escuchas, no puedes estar muerto. ¿Verdad? ¿Verdad? ¿Verdad? No contestas.

Incluso cuando vivías me hablabas poco. A mí me gustaba mucho estar cerca de ti. En las noches siempre estoy segura de que tú te moriste. La oscuridad hace que el silencio sea tan frío como el viento. No hay señal más terrible que esa. Mi cuerpo

te llora con la piel. ¿Dónde te moriste? ¿No podrías haberme llevado? A lo lejos veo personas acercarse a mí. Las escucho. Me están gritando. No entiendo qué me dicen.

ANDREA VILLARREAL

(Toluca, Estado de México). Es pasante de la licenciatura en Letras Latinoamericanas de la UAEM. Obtuvo mención honorífica en el X Concurso de Narrativa “Elena Poniatowska” (2018). Es integrante del taller de narrativa de *Grafógrafxs*.

Y al despertar...

El diablo grita en el lumbral: “despierta”. Tu cabeza gira en torno a la habitación. Saltas de la cama. Sientes vértigo. Tus pies descalzos rozan el frío piso. Caminas a tropezones entre la oscuridad. Avanzas, aún dormido, hacia el patio trasero. Bajo tus pies, el pasto húmedo. Una coriza se derrama de tu nariz a tu boca, apenas puedes caminar a la orilla del abismo.

Los ladridos masacran el silencio. La oscuridad se rompe con las luces del campanario de la iglesia. No corres hacia ella, es demasiado tarde. El frío va de tu piel hasta tus huesos. Las gotas de lluvia se precipitan. El diablo te himpla al oído “ven”. Giras el rostro, ya no está. Tragas saliva.

Miras al cielo. Las gotas caen en tu rostro. Tus pasos son más rápidos. Tropiezas. Caes en el abismo. Un estruendoso golpe te recibe al fondo. Él cruza tu mirada y te grita.

*

Te despiertan los gritos profiriendo tu nombre, las imprecaciones sobre tu destino, los golpes metálicos en la puerta. Las balas giran en torno a tu habitación de lámina. Los estruendos y ladridos se comen al silencio. Te tiras al piso. El cemento frío contra tu cuerpo. Buscas refugio en la iglesia, se te salen hasta las plegarias que no terminaste de aprender. El Diablo volvió por ti.

*

Te despierta el crujido de la puerta al cerrar. Tu rostro recorre las sombras en la oscuridad. Un bulto se convierte en una silueta. Quieres gritar, pero el terror se ha comido tu voz. Distingues su sonrisa, lo conoces, te ha seguido desde hace tiempo. El vértigo se convierte en escalofríos. Cuando al fin logras recuperar tu voz, él tiene una de sus manos contra tu boca. La otra arranca tu pijama. Luchas. Es inútil, su fuerza es mayor que la tuya. La tibia carne contra tu gélido cuerpo. Imaginas que te has escapado al patio trasero. Tus pies desnudos pisan el pasto húmedo.

*

Una tos incontrolable te devuelve del sueño. Te abraza la soledad. Aprietas con fuerza la mascarilla de oxígeno contra tu rostro. Tus jadeos asesinan al silencio. Te colocas bocabajo. Te cuesta trabajo salir del mareo. Los ásperos lienzos del hospital rozan tu piel. La tos vuelve, se parece a los ladridos ahogados de un perro moribundo. “Ven”; ello te implaba el oído esa noche. Recuerdas el patio trasero de tu casa, esa última Noche Buena, cuando te contagiaste.

*

La ansiedad te despertó. Pasas de los treinta y aún vives en casa de tus padres. Tus ojos oscilan. Te detienes a mirar los cuadros

con títulos universitarios, las horas de estudio y preparación, los diplomas y condecoraciones. Tragas un par de pastillas para dormir; es inútil. Sólo te queda caminar en círculos en el jardín. Imaginas que, al fin, alguien toca a tu puerta para ofrecerte el trabajo soñado.

*

Cuando abriste los ojos, tu cuerpo seguía siendo el mismo: un bulto afilado sobre tu pelvis, un par de pechos ausentes y una barba creciendo sin parar en tu rostro. Sentiste miedo de tocarte y recordar quién no eras. Aspiraste con fuerza oxígeno para reponerte. Tus pies rozaron el piso laminado. Sobre tu cuello caía el sudor frío. Encendiste la luz. Te viste en el espejo. El vahído se apoderó de ti. Abriste tu armario, y encontraste el repuesto de aquello que te faltaba. Te maquillaste. Ellos himplaban en tu cabeza. Saliste por la puerta del patio trasero ocultándote. Sentiste el rocío bajo tus pies descalzos; en tus manos cargabas un par de tacones.

*

“Dios ha muerto”. Esa fue la última sentencia que escuchaste antes de despertar. El frío te caló hasta los huesos. Y lo sabías, muy dentro de ti, sabías que no tenías cura. La fe ya no podría consolarte. Los perros ladraron. Abrazaste tu oso de felpa y te serviste un mezcal. Saliste al jardín a ver las estrellas, a pesar de

que las luces de la iglesia querían ocultarlas. Esta vez, nadie te llamó a su lado.

SALMA CARISTO

(Estado de México, 1997). Egresada de la licenciatura en Psicología de la Universidad Autónoma del Estado de México. Realizó una movilidad estudiantil en la Universidad en La Frontera, en Chile. Estudia una diplomatura en el Consejo Mexicano de Neurociencias. Es artista visual multidisciplinaria, integrante de Talentos Universitarios UAEMéx, así como del taller de narrativa de *Grafógrafxs*.

Lapislázuli

Ella estaba durmiendo plácidamente. Demasiada tranquilidad que contrastaba con la penumbra de su habitación. Empezó a moverse en formas inusuales: giraba su cuerpo, extendía sus brazos, estiraba los músculos de los pies y de la cara, tanto que el pijama gris de algodón dejaba ver su piel pálida, y su largo cabello castaño terminó sobre su rostro. Así pasó varias horas. Abrió los ojos súbitamente, como cuando se recuerda algo muy importante. Mientras se incorporaba, la joven observó su habitación, cada detalle.

Alguien llegó a la puerta, una mujer alta que rondaba los 30 años y parecía haber estado esperando ese momento. Sonreía, una sonrisa que emanaba tranquilidad, ternura y compasión. Se acercaba a la cama.

—¡Ofelia, estás despierta! —dijo en voz baja, pero animada.

Caminaba con un ritmo muy particular, como cuando Ofelia se pone contenta tras recibir una buena noticia, haciendo una especie de danza muy sutil. Se podría decir que tarareaba una canción, pero sólo se veían sus labios moviéndose. La mujer se detuvo al borde de la cama, a la derecha de Ofelia. Comenzó a mirar a la muchacha, minuciosamente.

Ofelia seguía atenta al cuarto. Dudando un poco, fue conduciendo sus pupilas hacia esa mujer. Justo antes de intercambiar miradas, la mujer se sentó junto a sus piernas. Sólo pudo ver el pijama de seda color cobalto, la piel pálida y el

cabello castaño a la altura de los hombros, pero no logró verle la cara.

La mujer acercaba su mano con lentitud al rostro de Ofelia. Comenzó a acariciarle el cabello, primero el que caía en sus mejillas, después el que caía en su frente. Si se viera esa escena, se pensaría que esa mujer la estaba cuidando, como una enfermera; eso incluso explicaría el color de su ropa y la reacción oportuna cuando la joven despertó. Lo cierto es que a esa mujer sí le importaba el estado de Ofelia, pero no estaba atendiendo su bienestar.

Siguió acariciando hasta que llegó al puente de la nariz, continuó con los labios, en donde posó la yema de sus dedos y luego sus uñas, puntiagudas y filosas.

Cayó una gota de sangre; su sonido retumbó en toda la habitación. El pijama de algodón empezaba a absorber el pigmento rojo. Venas marcadas en la piel pálida, respiración agitada y una cara que se vislumbraba claramente. Y se reconocía.

Era Ofelia, Ofelia adulta.

Se despabiló. Mientras la muchacha se incorporaba, emitió un gran suspiro y estiró su cuerpo. Se notaba aliviada de haber despertado realmente. Se levantó de la cama y, con lentitud, caminó hacia la ventana; la abrió, y entró una brisa tan fuerte que su largo cabello se agitó en todas direcciones.

Ofelia se quedó ahí un rato para percibir los colores de las plantas floreciendo, pero le faltó notar uno, el brillante azul cobalto que se reflejaba en el cristal de la ventana.

DANIELA ALBARRÁN

(Toluca, 1994). Es licenciada en Letras Latinoamericanas por la UAEM. Ha participado en diversos congresos nacionales de literatura y publicado cuentos en *Monolito*, *Grafógrafxs* y *Castálida*. Es autora de la novela *La ciudad se camina de noche* (Grafógrafxs, 2020) y del libro de poesía *La escuela* (Grafógrafxs, 2020). Es integrante de los talleres de poesía y de narrativa de *Grafógrafxs*.

El cervatillo

Desde que mi padre murió, mi madre y yo empezamos a consumirnos en las tinieblas. Ella, triste y agotada, tomó por costumbre sentarse en la vieja silla de mi padre y pasarse los días dentro de su estudio. Su rostro se me antojaba algo marchito, y sus ojos, cuando le hablaba, miraban a otra parte, muy lejos de aquí.

Entró al estudio y miró los ojos de su madre; pudo ver en ellos que cuando él murió se la había llevado, pero olvidó su cuerpo. Se enteró de que los amores contrariados nunca se separan, aunque la muerte, como la humedad, se les imponga. Su mamá, que antaño se alegraba de verla, ahora permanecía sentada, respirando y, sólo a veces, hojeando los libros que él en algún momento tuvo entre sus manos.

Las cortinas de nuestra casa permanecían cerradas a causa del luto que ella nos había impuesto. No era lícito escuchar música, y nuestras antiguas visitas se cansaron de tocar la puerta. Estábamos en un encierro voluntario. Ya ni los pájaros cantaban en nuestras ventanas, y la enorme casa nos fue tragando. Los cuartos, que eran cerca de diez, se fueron cerrando y sus puertas se nos presentaban tan atrancadas que nos vimos obligadas a arrinconarnos en la planta baja.

Se sentó en el escritorio de su padre. Era muy antiguo, decorado con finas filigranas. Acercó su nariz a la vieja madera y sintió, muy dentro de su cuerpo, su olor. Su madre, ahí presente, ni siquiera la percibía. Valeria intentó hacer ruido para ver

si lograba despertarla de su letargo. Fue imposible. Ella miraba tras la ventana, quién sabe qué cosa, porque el cristal estaba cubierto con unas pesadas cortinas doradas.

Recordó que su padre le enseñó a usar armas. Un día se la llevó de cacería. Valeria era muy niña, y en ese instante le dio pavor sostener el enorme rifle que él, orgulloso, le ofrecía. En ese momento lo sopesó entre sus manos. Él le había explicado cómo cargarlo y cómo jalar del gatillo. Ese día él casi la obligó a dispararle a un cervatillo.

Pero no pude hacerlo, recordó Valeria. El cervatillo era tan pequeño que no tuve el valor de asesinarlo. Observé al animalito e imaginé toda la vida que le faltaba por vivir. Era tan joven y en su rostro se dibujaba una inocencia tal que en ese momento mis piernas me flaquearon, mis brazos se cayeron y unas incipientes lágrimas comenzaron a rodar por mi rostro. No tuve el corazón de arrebatarse la vida.

Pero su padre le había enseñado algo importante: “¿Sabes por qué cazo?”, le preguntó a Valeria. “Porque sólo el diablo sabe el placer que se siente cuando alguien indefenso está frente a ti y puedes quitarle la vida o, mejor aún, concederle que viva”.

Valeria aprisionaba ese día en su memoria como los recuerdos que a pesar de la nostalgia se rememoran en el presente con viveza. Y justo ese día tenía que recordar lo sucedido. Su cobardía frente a la muerte o, tal vez, frente a la vida. Es un segundo en el que es posible cambiarlo todo.

Mi madre permanecía sentada en su enorme silla, mientras yo seguía sosteniendo el arma con la que no pude

dispararle al cervatillo aquella vez. Lo miré, mientras sopesaba el frío del metal entre mis manos. Pensé que tal vez, sólo tal vez, si volviera a ese día, sería valiente y jalaría el gatillo.

Valeria sopesaba entre las manos su decisión. Acaso con jalar ese gatillo sería posible por fin despegarse de esa casa maldita que le consumía los años, la vida y su alegría. Sentía la frialdad del arma. Y en su mente tenía que hacer una elección. Aquella vez, la viveza del cervatillo le impidió derramar su sangre. Aunque ella pensara que fue cobardía, fue un acto de amor a la vida.

Valeria posó su ojo sobre el mirador de su arma. Esta vez no era vida la que veía. Sostuvo el arma y detuvo el aliento. Sus manos le sudaban. Puso el dedo índice en el gatillo. Dijo, en un susurro, “mamá”.

De nuevo, la delgada línea entre la vida y la muerte fue un acto de amor.

JOSÉ EDMUNDO HERNANDEZ

(1989). Licenciado en Composición Musical, pasante en Instrumentista Musical en Guitarra Clásica y en la licenciatura en Contaduría. Obtuvo el apoyo de la Beca del Fondo de Cultura y las Artes del Estado de México en 2017. Es integrante del taller de narrativa de la revista *Grafógrafxs*.

Afonía

*Desde la orilla entonces,
desde el embarcadero, dirijo esta carta
que va a perderse, en el silencio.*

JUAN JOSÉ ARREOLA

I

No recuerdo cómo fue la primera vez que apareció, pero sí cuando me di cuenta de que me iba a acompañar toda la vida.

Yo estaba frente a la clase, recitando de memoria la tabla del 7, cuando de súbito se apoderó de mí. La única respuesta corporal que salió a mi defensa fue ponerme colorado y escuchar murmullos y risas ahogadas. Desde aquel momento comenzaron a ser inevitables sus apariciones. Por ejemplo, cuando mi padre me preguntaba mis calificaciones y no podía responderle o cuando mi madre me exigía que explicara por qué el cambio estaba incompleto. Llegaba a mí esa sensación similar a estar presente y ausente a la vez, parecía algo natural, me aterraba.

Evitar a papá, a mamá y aprenderse la tabla del 7 parecía cosa sencilla y un precio por evitar su presencia; sin embargo, me fui dando cuenta de que en las noches, a ciertas horas de algunos días, podía sentirlo; al principio, tenue; ya con más confianza, pesado y contundente. No era fácil comprender por qué con la luz encendida no se ahuyentaba. Era inmune

a todos los remedios cotidianos, incluso esconderse debajo de las cobijas era inútil. Sigiloso y con paciencia, penetraba lentamente. Algunas veces el sueño me vencía y parecía darme tregua; otras, pasaba en vela luchando por desaparecerlo.

No pasó mucho tiempo cuando noté que comenzó a expandirse. Le daba igual que fuera en el día o en la noche, notaba su presencia incluso cuando estaba con alguien más. Comencé a llamarle “Incómodo” cuando otra persona lo notaba. Me daba pánico que alguien me relacionara con él.

Con algo de experiencia, hice acopio de un sinfín de mañas y artilugios para espantarlo. Al principio eran eficaces y me daba placer ahuyentarlo con sólo chasquear los dedos o hablar en voz alta; pero otras veces, cansado, simplemente dejaba que me carcomiera por completo. Parece absurdo, pero con el paso de los años comencé una taxonomía. Lo llegué a clasificar de diversas maneras, dependiendo de la época de mi vida y del momento justo de su aparición: serio, erótico, religioso, impaciente, aburrido, tedioso, amoroso, indiferente, con enojo, con tensión, desesperante, caótico, incierto...

II

Si hubiera una palabra exacta para definirlo, diría que el simple hecho de no decir nada sería su definición y a la vez su propia onomatopeya. Creo que el vocablo “silencio” es lo más cercano que se puede llegar a tener para nombrarlo. Deambulando por la vida uno se acostumbra, pero eso no significa

dejar de sentir pánico cuando aparece, aunque creo que con el tiempo se puede llegar a controlarlo. Bueno, eso pensaba. Hace poco un silencio inusual llegó de improviso y ocupó mi atención a tal grado que esta vez evité gritar, gemir o gruñir, como era habitual para ahuyentarlo. Ahora que lo pienso, no sé si ya no quise hacerlo o ya no fue posible. Me he dado cuenta de que entre más tiempo pasa, me parezco a él, me convierto en él. Tengo el presentimiento de que esta vez se va a quedar para siempre; sin embargo, me asusta mucho pensar que morir no es dejar de respirar, sino convertirse en silencio.

SILVIA YULMANELI MORENO LEÓN

(Santa María Zolotepec, 1993). Egresada de la carrera de Filosofía de la UAEM. Es autora del libro *Pizarnik: el frenesí hecho poesía* (editorial Norte/Sur, 2019) y de *Cluster B* (Grafógrafxs, 2021). Es integrante del taller de narrativa de la revista *Grafógrafxs*.

El monstruo que nos devora

Para Andrés y mi abuela

Seguro tuviste el mismo miedo que yo cuando tu cuerpo, como el mío, siguió el cuadro de síntomas, un *check* completo para dar nombre a nuestros dolores internos reflejados en el exterior. Los otros, los que nos quieren, los curiosos, los estudiosos, miran con horror la sangre que brota de nuestros orificios y el dolor de nuestros ojos.

¿Qué les asusta? Les da miedo el contacto con la muerte; representamos lo grotesco, lo deforme, lo feo, lo, por así decirlo, monstruoso.

Amanece otro día, pasa otra noche, y nuestro cuerpo no responde a nuestros deseos. No es tan fácil, como dicen, ordenarle a la mente que desaparezca el temor. Estamos a merced de la naturaleza sabia, que sólo sabe por qué a nosotros nos escogió como sus hijos pródigos, su manifestación de asimetría y rareza; somos el trébol de cuatro hojas.

Duerme ahora, bello durmiente, descansa de esta pesada carga que es la carne humana enferma. Afortunado eres de no sentir más, el monstruo te devoró completamente: primero el estómago, luego los pulmones y por último la sangre. En cambio mi abuela y yo debemos seguir luchando contra algo que nos ataca en silencio, aparece de repente y florece en nuestro cuerpo como una plaga maldita.

Me sumerjo en medio de mi cama, me cubro el rostro, y pienso en mi abuela y sus dulces manos. Todos los recuerdos se mezclan con la imagen de ella sin cabello; lo perdió por los químicos corrosivos que le meten para salvarle la vida. Salvar la vida a costa de perder la “belleza”. El monstruo aún no la ha consumido.

Me introduzco más al fondo de la cama hasta la oscuridad, tratando de dormir y no pensar en lo que me traga a mí sin remedio; pero nada es efectivo, sólo tomar la pastilla recetada para descansar. La tomo y me dejo llevar. Desaparece la angustia de las próximas cirugías para eliminar las bolsas de tejido que me salen en el cuerpo y que dejan cicatrices cuando algún doctor las elimina.

Somos lo que nos consume. El espejo nos lo dice cada que observamos nuestro reflejo mermado, ese mal que nos come como termitas cuando devoran un pedazo sano hasta dejarlo podrido.

No somos nada a merced de ese monstruo que somos nosotros mismos. Es la lucha interna contra un mal no ajeno, sino propio; somos nosotros contra nosotros. No queda más que la resistencia y esperar a la muerte con los puños cerrados y la conciencia despierta.

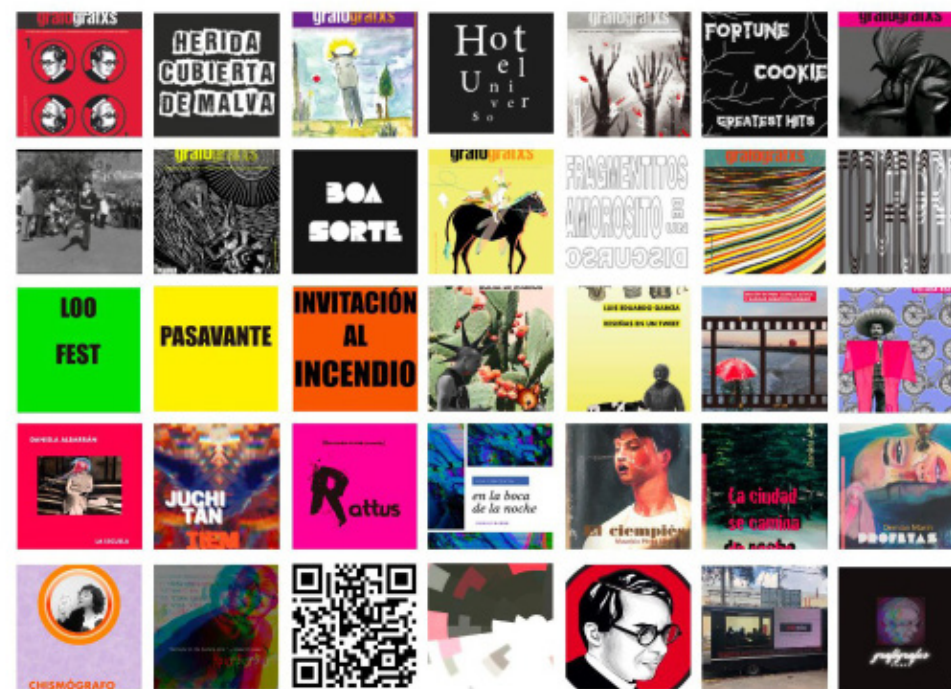
Índice

Prólogo	7
Infierno número dos	12
El visitante	22
El banquete de los platos fríos	34
Ellos son	44
El sueño de Odilón Castro	50
Al sur de la frontera	56
Y al despertar...	62
Lapislázuli	68
El cervatillo	72
Afonía	76
El monstruo que nos devora	80

Parte esencial del proyecto editorial de la revista *Grafógrafxs* es el lanzamiento de lxs escritorxs surgidxs de sus talleres de narrativa y poesía. De ahí la necesidad de acompañar en forma de libro electrónico el trabajo que durante las sesiones de dichos talleres ha sido compartido, discutido y editado. Cada sábado, a través de internet, se reúne una comunidad universitaria nutrida, compuesta por estudiantes, profesionistas y profesores con los perfiles más diversos, lo que refrenda el punto de partida de *Grafógrafxs*: sustentar una comunidad universitaria plural, libre y activa, que, junto con sus estudios regulares o actividades laborales, mantenga el fervor por la literatura, y más aún, que encuentre las herramientas para entender la lectura y escritura como una vía compartida, y pueda así escribir su propia historia y haga valer su voz.

El nombre de las colecciones **Pasavante** e **Invitación al Incendio** hace referencia a dos antologías en formato electrónico de los talleres de poesía y narrativa, ediciones especiales de la revista que aparecieron a principios del 2020 y unificaron la visión entre los autores y los coordinadores de los talleres de dar paso a ediciones individuales, consolidando su mérito y talento en un libro, especialmente en estos momentos adversos en los que la continuidad nos obliga a sumar empeños en el plano virtual. También, con las colecciones **Pasavante**, de poesía, e **Invitación al Incendio**, de narrativa, se convida a participar a los escritores y traductores allegados al proyecto de *Grafógrafxs*, cuyos libros atrayentes y de una estética singular redundarán en la configuración de un catálogo que escolte y acreciente el arsenal de nuestrxs lectorxs. Porque la literatura es una reflexión del mundo lúdica y cruel, exagerada y simple, descalza y bocanada de ostracismo, absurda y posesa, trance y veladura, explicación y vuelo sumergido, ciudad real y hangar de duermevela, cíclope y tumulto, fin del camino e ignición, de nuevo queremos decir que *Grafógrafxs* es el espacio para imaginarnos, leernos, nombrarnos, reconocernos y escribirnos.

Sergio Ernesto Ríos



TODO GRAFÓGRAFXS
grafografxs.uaemex.mx

Síguenos

 Grafógrafxs UAEMex

 @grafografxsuaem

 Grafógrafxs UAEMex

Contacto

 grafografxs@uaemex.mx

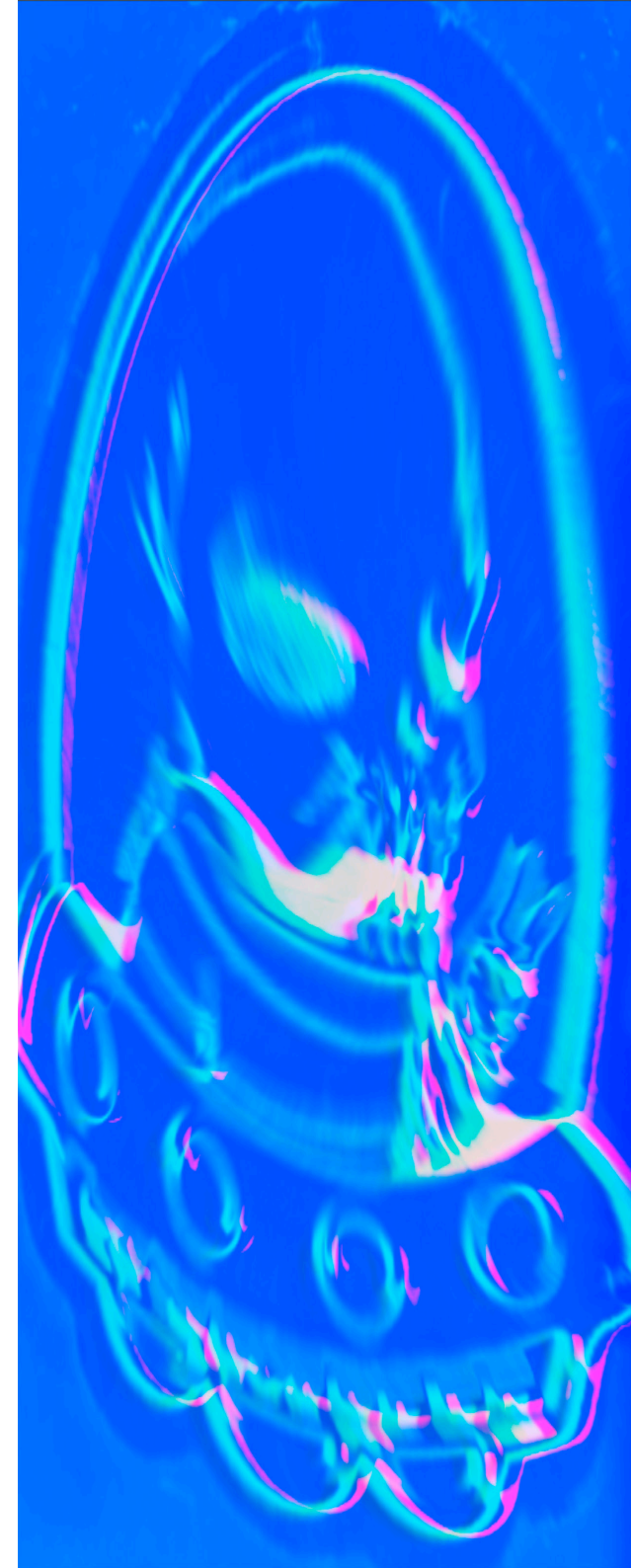
El monstruo moderno. Antología del taller de narrativa de grafógrafxs, es una publicación especial (colección Invitación al Incendio de narrativa) de *Grafógrafxs*, editada por la Universidad Autónoma del Estado de México, Instituto Literario 100 ote., Colonia Centro, Toluca, Estado de México, C.P. 50000, grafografxs.uaemex.mx, grafografxs@uaemex.mx. Editor responsable: Sergio Ernesto Ríos Martínez, Secretaría de Difusión Cultural, Reserva de Derechos al Uso Exclusivo núm. 04-2019-060610350100-203, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Secretaría de Difusión Cultural, Edificio UAEMITAS, Leona Vicario, No. 201, 3er piso, Barrio de Santa Clara, C.P. 50090, Toluca, Estado de México, Tel. (722) 481 1800.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido aquí publicado sin fines de lucro, siempre y cuando no se modifique, se cite la fuente completa y su dirección electrónica.

Hecho en México, Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), todos los derechos reservados 2021.

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento- NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional.

Esta obra fue puesta en línea con la actualización del vol. 3, núm. 4, de *Grafógrafxs*, octubre-diciembre de 2021.





**ALONSO
GUZMÁN
SELECCIÓN Y
PRÓLOGO**

INVITACIÓN AL INCENDIO / NARRATIVA

grafógrafxs

